



LOS ESTRENOS

Termidor, de Victoriano Sardou. — *El Obstáculo*, de Alfonso Daudet.

Si el anuncio precoz, el reclamo intempestivo, el clamoreo unánime en la prensa, fuesen suficientes para proporcionar á una obra larga serie de representaciones, no dudo que en el teatro de la Princesa asistiríamos á la *centième* de *Termidor*. ¡La bulla que el tal *Termidor* ha metido! Parece que los oídos me cantan aún. Los diarios, que tanto regatean su rinconcito modesto á los libros, consagraron á la obra de Sardou, traducida al castellano, columnas y más columnas, con ilustraciones en el texto; una semana antes del estreno anunciaban que las butacas se cotizarian á *cinco duros* ¡en estos tiempos, con el papel por los

suelos y el cambio por las nubes!); María Tubau —añadían—descansa para tomar fuerzas y hechizarnos en el difícil papel de *Fabiana*; Vico ingresa en la compañía sólo para que no se nos desgracie el *Labussière*... En fin, diríase que *Termidor* (nótese que le suprimo la hache, y es porque creo que no le hace maldita falta) iba á señalar una nueva fase..., etcétera, etc.

¿Pues quieren Vds. saber lo que en mi opinión señala *Termidor*?

La nueva fase... de imitación de los zarzueleros españoles por los dramaturgos franceses.

¿Recuerdan Vds. *La Marsellesa*, de Ramos Carrión? Yo no desprecié nunca esa obrita llena de sal (que fué el *Termidor* de mi pueblo natal, pues recuerdo que hace muchos años la silbaron estrepiosamente los republicanos de Marinada); pero si algún día hubiese caído en la mala tentación de despreciarla, ahora la saludaría, porque *La Marsellesa* dice en pocas palabras y bien lo que

Termidor deslía en los larguísimos parlamentos de Labussière y de Marcial; y el marido de la sastra, que la echa de ferroz patriota y tiembla ante su mujer y ante los jacobinos, me divierte bastante menos que el "ciudadano Nerón". Casi casi, si Vds. me apuran, añadiré que la cantinera de *La Marsellesa* me gusta tanto como Fabiana Lecoulteux... Hablo seriamente; transformen Vds. con la imaginación *La Marsellesa* en drama, y convendrán en que no tiene nada que envidiar al de Sardou...

Yo no afirmo que Sardou haya leído *La Marsellesa*, por más que tengo entendido que ésta se tradujo al francés, y Sardou, como todos los autores dramáticos, seguirá el movimiento escénico de Europa, sobre todo el que, traspasando los Pirineos, consigue los honores de la traducción. En fin, no insinúo la sospecha de un plagio, ni existe, á mi ver, en *Termidor*; lo indudable es que *La Marsellesa* tiene más animación y más chiste, y hay en ella un efecto que, en manos de Sardou,

sería de primer orden: Rouget arrestado á los sonos de su propio himno, y retoriéndose de desesperación al ver cómo las innobles turbas prostituyen la canción heroica. — Si á Sardou se le ocurre *La Marsellesa*, pasa el mejor día de su vida, que ya no es corta... ¡*La Marsellesa!* ¡Qué título y qué asunto para alborotar á Francia!

Porque la alborotaría. Sardou (hay que ser justos) saca partido de la idea que caza al vuelo, sea buena, sea mala, y mejor si es buena, naturalmente. Mera habilidad de factura, mas no por eso se crea que la tiene cada hijo de vecino. Sardou, ya presente á la española *Dora* (¡extraño nombre que nadie usa en España!), ya á la bizantina y corrompida *Teodora*, ya á la creyente *Lea*, ya á la casta *Fabiana*, siempre nos hace sus cómplices, siempre nos obliga á *entrar en la situación*, á ir por donde él resuelve de antemano. Y crean, señores (esto va con los dramaturgos de España), que no es tan fácil hinchar un perro.

Prefiero — claro está — el teatro de Emilio Augier y el de Alejandro Dumas, hijo, que ostenta dos joyas: *La Dama de las camelias*, el *Demi-monde*. No obstante, reconozco que la fecundidad y la destreza de Sardou hacen de él el gran proveedor del mercado dramático. Únicamente, que me dejen protestar cuando indiscretas apoteosis le elevan adonde no alcanza; cuando los periódicos, á propósito de un drama sin trascendencia política, vulgarón (me refiero á *Termidor*) nos embocan largos trozos de filosofía histórica con citas de Taine.

El primer acto de *Termidor* peca de lánguido. La escena de las lavanderas se prolonga más de lo debido. La primera mitad del segundo también se oye con frialdad, hasta que llega el duo de amor de Marcial y Fabiana. Toda pasión combatida por la fatalidad — sea la de Francesca y Paolo, sea la del príncipe Rodolfo y la Vetzera — puede inspirar acentos conmovedores. Es la famosa *scène à faire*, que salva un drama. Fabiana y

Marcial (piensen como gusten en política) ya tienen conquistadas nuestras simpatías. — El tercer acto, á la verdad, es de relleno, y relleno insulso; se lleva en paciencia, presintiendo espeluznantes horrores en el cuarto. Y el cuarto, en este particular, es de recibo: patio de prisión, desfile de maniatadas víctimas, discursito del verdugo quejándose de que ya no puede con su alma, discursito más lúgubre aún del peluquero que recoge *añadidos* en las gradas de la guillotina... Sin embargo, el acto ha de salir á flote, y sale, porque Sardou le da á tiempo el empujón necesario. La *scène à faire* del acto es la religiosa Fabiana, conducida á morir, dueña de salvarse si firma un papel reconociendo que está encinta (estratagema que no logró librar del cadalso á Olimpia de Gouges), y negándose á firmarlo en un hermoso arranque de valentía y pudor, mientras las furias de la guillotina, entre compadecidas y burlonas, la animan á que declare “si no es verdad, para cuando sea...”. Y Fabiana va

al patíbulo, pero el drama da entradas á la empresa.

*
* * *

Y vuelvo á lo de antes: ¿piensan Vds. que este teclado dramático se maneja así como se quiere? ¿Que los Sardous andan de sobra? Pues si tal imaginan, vayan á ver *El Obstáculo*, de Alfonso Daudet, estrenado en la Comedia..., y me dirán si no es preferible *Termidor*, y aun *Frimario* y *Nivoso*. (Noten, entre paréntesis, que, no obstante las tarifas aduaneras, vivimos metidos en la producción francesa hasta el cuello.)

Yo creo que de las obras de los maestros siempre debe hablarse con decencia y compostura, y por eso no calificaré duramente *El Obstáculo*, aunque no puedo prescindir de sospechar que ese drama (como *Port-Tarascon*), delata el estado sanitario de Daudet, á quien Dios mejore.

Me parece recordar que, al estrenarse *El Obstáculo* en París, se habló de una ó

dos obras anteriores, cuyo argumento ofrecía peregrinas semejanzas con el del drama de Daudet. No sé cuáles eran; pero citaré las que podrían, á mi juicio, nombrarse en tal ocasión: la novelita de Armando de Pontmartin, titulada *La marquise d'Aurebonne*, y secundariamente el drama *Les revenants* (*Los aparecidos*) de Ibsen.

Armando de Pontmartin dista mucho de ser una celebridad. Zola le trató con desdén, juzgándole como crítico, y le dedicó estas frases: "Algún día se va á morir del disgusto de no ser académico. Éste debe de ser el mal secreto que le roe. Todos sus amigos tienen en la Academia un sillón donde echar la siesta: sólo él prosigue cruzando errante una época que no comprende, y cuyas obras le irritan."—Pues así y todo, el académico malogrado Pontmartin, en su novelita, se mostró más artista y más realista (¡caso extraño!) que Daudet. La heroína de Pontmartin, para convencer á su hijo de que no le amaga por herencia pa-

terna la tisis, y curarle de la aprensión y la tristeza que van minándole, se sacrifica y le persuade de que, en efecto, *no puede ser hereditario su mal*. Aquí es donde la novelita entra de lleno en la verdad humana, cruel, desgarradora... pero verdadera. Lo primero que infunde á Raul la revelación de su madre, es una frenética alegría. ¡Ya se acabó el miedo á la muerte; ya puede casarse con su amada Susana!— Poco á poco, aquel ímpetu de la naturaleza que rompe todos los convencionalismos se transforma, y Raul, antes hijo modelo, va mostrando á su madre, ya menos respeto, ya algún desvío, ya cierta severidad humillante.—El análisis de este estado psíquico en Raul, es una obra maestra. “En vez del enfermo, del sentenciado á muerte que saluda con voces de gratitud la palabra de libertad y salvación, resurgió el hombre antiguo, el hidalgo de cepa vieja y noble, impregnado de honor caballeresco y pronto á verter su sangre por lavar su blasón ilustre. Ya sentía menos hondamente lo que

tenía de bienhechora y útil la confesión de su madre, y veía mejor su aspecto culpable y vergonzoso. La primera vez que se dejó llevar de estas ideas, se estremeció... Luego pensó mil veces que “era imposible”, y para demostrárselo á sí mismo, estuvo con su madre más asiduo que nunca. No obstante, el sentimiento, al pronto tan sutil, rechazado con tal energía, tomó cuerpo... Juróse que nunca la marquesa podría sospecharlo... Olvidaba que nada se le puede ocultar á una madre, y que más fácil que engañarla... es matarla! Y, en efecto, la marquesa se deja morir de pena, de melancolía. Minutos antes de que espire, el médico se inclina, y la dice al oído: “¿No tiene V. nada que encargarme para su hijo?—¿Hay —contesta la moribunda — alguna edad en que el hijo de un tísico esté libre de contraer la tisis?— No — responde el médico. —Pues entonces, nada tengo que encargar á V. para Raul. —¡Mártir y santa!”, escribe el médico, que ha adivinado, sobre la losa de la marquesa.

Daudet, por esta vez, no puede justificar su imitación, pues no acompañó al robo el asesinato de su víctima: es decir, que lejos de eclipsar á Pontmartin, le fué inferior en ánimos y en méritos. Ó por miedo al público, ó por deseo de encubrir el empréstito forzoso hecho á la *Marquise d'Aurebonne*, no se atrevió á arrostrear la situación principal, la revelación de la madre y sus consecuencias; la marquesa de Daudet indica el deseo de apelar á ese recurso, y apela, pero torpemente, en presencia de un extraño, en condiciones tales, que sólo sorpresa y repugnancia puede infundir al espectador el infeliz conato de sacrificio. La situación concebida por Pontmartin era terrible, pero grande, magnífica, avasalladora: si el público la sufría dos minutos, la aplaudiría con delirio después. Daudet no osó manejarla. Ideó una madre tan necia, que, contra la afirmación de Pontmartin, su hijo la engaña fácilmente, y cuando ella le juzga desesperado, es cuando está más satisfecho, tratando con su novia de

burlar al tutor.—Quiso hacer una comedia al agua de rosas donde había tela para un drama psíquico soberbio; borroneó un insulso traidor de melodrama, el magistrado; una muñeca tonta, la novia del marquesito; un *Dubois* que debiera llamarse *En bois*, una inutilidad escénica, que sustituye mal al médico de Pontmartin; un marquesito que es un tipo convencional, sin calor y sin vida... En suma: el drama ó comedia de Daudet (no acierto con la clasificación) es lo peor que puede ser, viniendo de tal pluma: ñoño y falso.

No porque se trate de Daudet ha de perder la verdad sus derechos, y conviene decirlo respetuosamente, á fin de que, cuando menos, si nos invade el género francés, no nos invada el peor, el que allí mismo no corre. ¿Por qué en vez del *Obstáculo* no nos han dado *Safo*, donde resaltan las dotes incomparables del maestro?

La ejecución del *Obstáculo* fué... lo que podía ser. El actor más inteligente no salva papeles como el de *Dubois*, la no-

via del marquesito, Fernando, la marquesa. Sólo el guardabosque y la niña que pierde la alianza son graciosas figuras episódicas, cosecha del Daudet que tenemos costumbre de admirar: y efectivamente, los actores encargados de ellas se lucieron.

*
* *

Han comenzado los ensayos de *Realidad* en la Comedia. Los sucesos me van á dar la razón, y el drama de Galdós va á ser (veremos si me equivoco) el único acontecimiento literario-teatral de esta temporada que ya se acerca á su fin, y en la cual más ha bajado que subido (por desgracia) nuestra malaventurada escena y nuestra misera Talía.—En el número próximo espero hablar largo y tendido de este estreno.



ÍNDICE DE LIBROS RECIBIDOS

CRÍTICA

Historia de las ideas estéticas en España, por Menéndez y Pelayo. — Tomo v (siglo xix).—Madrid, 1891.

Trueba, literato y vascongado.—Discurso, por D. Fermín Herrán.—Folleto.—Bilbao (sin fecha).

CIENCIAS

El teledikto eléctrico ferroviario, por el P. Teodoro Rodríguez, Agustino.—Folleto.—Madrid, 1892.

Elementos del derecho público de la paz y de la guerra (primer tratado sistemático español de derecho de gentes), por D. José de Olmeda y León.—Reimpreso sobre la edición de Madrid de 1771, por el Marqués de Olivart.—Preciosa edición en dos tomos (tirada de 50 ejemplares numerados).—Barcelona, 1891.

Colección de tratados, convenios y documentos internacionales: publicala con notas histórico-críticas el Marqués de Olivart.—Primer cuaderno.—Madrid, 1892.

HISTORIA

El centenario y la estatua de Don Alvaro de Bazán, Memoria escrita por don Ramiro Blanco.—Folleto.—Madrid, 1892.

Historia de Don Diego de Alvear y Ponce de León, por su hija doña Sabina de Alvear y Ward.—Un tomo.—Madrid, 1891.

MISCELÁNEA

Historietas, por Ángel Pons.—Un tomo de ilustraciones y *Cuentos vivos*.—Madrid, 1892.

Mosaico.—Colección de artículos, cuentos y tradiciones de la sierra, por José Nogales y Nogales.—Un tomito.—Huelva, 1891.

Ateneo de Lima.—*Discurso de Amalia Puga en su incorporación.*—Opúsculo.—Lima, 1891.

La Encíclica "Del estado actual de los obreros," y la Eucaristia.—Conferencias predicadas en la Iglesia parroquial de San Ginés, por D. Francisco de Asís Renau.—Un tomo.—Madrid, 1891.

NOVELA

La Gitana.—Novela andaluza, por Salvador Rueda. Tomo 1 de la "Biblioteca Rueda".—Madrid, 1892.

Renata Mauperin, por los hermanos Goncourt.—Un tomo.—Madrid, 1892.

(De la *Colección de libros escogidos.*)

El Príncipe Nekhli, por León Tolstoy.—Un tomo.—Madrid, 1892. (Idem.)

Las veladas de Medan, por Emilio Zola.—Un tomo.—Madrid, 1892. (Idem.)

El dandismo y Jorge Brummell, por J. Barbey d'Aurevilly.—Un tomo.—Madrid, 1892. (Idem.)

Pepin, por Antonio Chápuli Navarro.—Un tomo.—Madrid, 1892.

Nuevos horizontes, por D. Francisco de A. Renau, presbítero.—Un tomo.—Madrid, 1891.

Una novela más, por J. Valero Martín.—Un tomo.—Madrid, 1890.

POESÍA

Algo, por Joaquín M. Bartrina, ilustrada por J. L. Pellicer.—Quinta edición.—Un tomo.—Barcelona, 1892.

Filigranas, por Ricardo Palma.—Opúsculo.—Lima, 1892.

A San Juan de la Cruz, por doña Carolina Valencia.—Poesía premiada por la Real Academia Española.—Folleto.—Madrid, 1891.

VIAJES

Viaje por Italia.—*Bérgamo.*—*Verona,* por A. Fernández Merino.—Un tomo.—Siena, 1891.

